

Dentro del shopping

Alfonsina Clariá

Había olvidado cuál fue la razón que me condujo al shopping. Miré el reloj sólo para no perder lo primero que se pierde en lugares como éste. Eran las once de la mañana del sábado y como no tenía apuro decidí ceder a la corriente; sumarme a las personas que se entretenían mirando las vidrieras o mirándose entre sí. Empecé a deambular sintiendo que una nube de placidez me crecía dentro. Miraba sin mirar, paseaba reconociendo, de vez en cuando, algunas de las canciones de la música de fondo. La música que suena en los centros comerciales es siempre la misma, se repite.

Además es extraña: en lugar de inquietar el espíritu, relaja el cuerpo, lo adormece. Hasta consigue dejar en blanco el pensamiento. Al principio, no me disgustó perderme entre esa gente tan distinta de la otra, de la que vive y camina por las calles, de la que trabaja o duerme en los hospitales, distinta incluso de sí misma cuando está fuera del shopping. Pero, de un momento a otro, la sensación de placidez se interrumpió, como si la nube hubiese estallado adentro hasta quedar pulverizada, y sobrevino el malestar que derivó en nerviosismo y acabó en pánico. La corriente me arrastraba hacia ninguna parte. Alrededor sólo había precios y objetos muertos. Justo entonces descubrí los zapatos detrás de una vidriera y me quedé mirándolos. Tenían la forma de mi pie. Me gustaron tanto que entré para probármelos, no para comprarlos.

En el local me enfrento con un enorme espejo. Hay una mezcla de olor a cuero, gamuza y polvillo del que se deposita sobre las alfombras. Pero hay algún aroma y eso no deja de ser una señal de vida. Aún se filtra la música y estoy luchando contra su efecto soporífero, cuando alguien me pregunta si puede ayudarme. Se trata de una fórmula de cortesía que no guarda ninguna relación con el pánico que tengo. Observo al vendedor y lo reconozco. Es un chico alto, delgado y de facciones agradables. Tiene la nariz angosta y las cejas –que se elevan expectantes– oscuras y bien delineadas. Un flequillo largo y prolijamente peinado hacia el costado. Pero lo más llamativo son sus ojos, grandes y vivaces, rodeados por largas pestañas. Me gusta esa clase de ojos que parecen saber más de lo que dicen, o reírse hacia adentro. Me gustan los ojos que se reconocen fácilmente cuando vuelven a encontrarse.

–¿Me mostrás esos zapatos? –le pido, señalando un par de reptil gris y taco alto.

–¿Qué número calzás?

–Treinta y seis –respondo y me distrae el pensamiento de que mi edad acaba de superar el número que calzo. Eso antes me hubiese parecido imposible: cuando tenía catorce, por ejemplo, y calzaba treinta y cinco, faltaba una eternidad para alcanzar la edad del pie. Edad que ahora superé y que algún día (eso no puede saberse) tal vez duplicaré.

Entretanto, el vendedor ha subido por una escalera y ahora regresa. Lo primero que veo aparecer cuando desciende es su pie. Es evidente que él tiene muchos años menos que el número que calza. También es evidente que es un lindo chico y que tiene la belleza sutil propia de su *condición*.

A esta palabra me la dijo él mismo, la primera vez que lo vi, en otra zapatería, la que estaba atrás del shopping. Aquella vez él dijo así: *los de mi condición*, y yo le pregunté a qué condición se refería. Entonces me aclaró que era gay.

–Te traje estos de reptil beige; si querés los otros, los podemos encargar –me explica bajando el último escalón y ofreciéndome la caja.

Al retirar la tapa, asoma el papel de seda que recubre el calzado; es un pliego muy blanco y, por la forma en que ondula entre los zapatos, me recuerda los volados de organza que se ponen alrededor de los difuntos.

–Estos son más lindos que los otros –opino.

Me siento en la butaca y, mientras me descalzo, le pregunto al vendedor si antes trabajaba en la otra zapatería.

–Sí. Es esta misma que se mudó acá. No se puede competir con el shopping y el dueño se cansó. Alquiló el local y se trajo todo para acá –hace una pausa y creo poder leer su pensamiento: supongo que *todo* lo incluye necesariamente a él. Después agrega: –Pero ya no voy a estar más, porque estoy harto de que me exploten.

–Es cierto, ya no vas a estar más. Porque cuando las cosas se empiezan a soñar es porque están por suceder. Un día, vas a ver los zapatos como si estuviesen muy lejos, borrosos, desdibujados: como si ya no tuviesen nada que ver con tu vida. Y eso va a significar que te estás yendo –le digo todo esto sin detenerme ni siquiera para respirar.

Sólo cuando termino de hablar me pruebo el zapato y comento:

–Me gusta.

–A mí me gusta lo que dijiste vos. ¿De verdad lo creés?

–Claro –le respondo y agrego que lo sé porque me ha pasado.

Se acerca, corre la caja y se sienta a mi lado.

–Contame –insiste, repitiendo con las cejas el gesto de expectativa.

–No hay mucho que contar –le digo–; me acuerdo de una reunión de trabajo, de una mesa muy larga y de una monja, la directora, sentada a la cabecera. Mientras ella gesticulaba y daba órdenes elevando el tono de su voz, empezó a desdibujarse, a perder consistencia, a volverse transparente como si fuera un fantasma. Creí que estaba yéndose, a punto de desaparecer. Unos días después supe que era yo quien se alejaba. Luego de un silencio, en el que ni siquiera se escucha la música de afuera, se acomoda en la butaca y dice:

–Te queda lindo el zapatito.

–Sí, pero no con esta ropa –digo porque acabo de mirarme en el espejo y de notar que el pantalón que llevo puesto no es el apropiado para un zapato tan alto.

–Yo me los pondría con una mini de jean –dice él mirándome en el espejo.

–Y a vos ¿qué zapatos te gustan? –le pregunto.

Piensa unos segundos, inclina la cabeza e inicia una sonrisa:

–Los mismos que a vos.

–¿Qué número calzás?

–Cuarenta y uno.

–¿Me traerías unos iguales pero de ese número?

Me observa sorprendido, pero igual se dirige hacia la escalera, vuelve a subir y a descender.

Esta vez se queda con la caja. Le hago un lugar para que pueda sentarse cómodamente y lo animo:

–Probátelos.

Se saca la zapatilla, la media, y se prueba el zapato alto. Sonríe.

–¿Sabes que ya los veo borrosos? –me dice.

Nos quedamos un buen rato, sentados uno junto al otro, hablando de la ropa con la que usaríamos esos zapatos que tanto nos gustan y no vamos a comprar. Ya no siento pánico. Contemplo con cuánta delicadeza acomoda el papel de seda en cada caja y guarda los zapatos, que casi no se ven.